

CORRESPONDENCIA



kafka
y sus padres

LILLIAN VON DER WALDE MOHENO



CORRESPONDENCIA



Kafka y sus padres

Lillian von der Walde Moheno



Kafka y sus padres

© 1991

Lillian von der Walde Moheno

ISBN 968-840-824-7

Diseño de la Colección: Luis Almeida

Portada: Laura Barreiro

Colección Correspondencia

Universidad Autónoma Metropolitana

Avenida Michoacán y La Purísima, Iztapalapa, D.F.

Código Postal 09340

Hecho en México. Printed in Mexico.

Índice

Prólogo	7
Nota biográfica	11
Tabla cronológica	45
Relación materna	51
Relación paterna	73
Entre la soledad y el mundo	107
Apéndice	119
Bibliografía citada	129

*

— *¿Tan solo se siente usted?*

Kafka afirmó con una señal de la cabeza.

— *¿Igual que Kaspar Hauser?*

Kafka se rio:

— *Mucho peor que Kaspar Hauser. Yo estoy solo como Franz Kafka.*¹⁵⁶

La información materna suscitó en Kafka una sensación de desamparo. Al verse solo, no-amado frente a un padre y un mundo que le son adversos, el niño no encuentra más salida que la de encerrarse en un mundo propio: “la defensa única contra la destrucción de nervios por mi angustia y conciencia de culpa. Sólo me absorbía la preocupación por mí mismo”.¹⁵⁷

Aunque suene paradójico, la defensa contra la soledad —con todo lo que ésta conlleva, inseguridad y miedo— fue la soledad. Kafka niño, temeroso ante el mundo circundante, pronto descubre que en el aislamiento encuentra seguridad. Si es vulnerable, sólo alejándose evitará que algo lo pueda dañar.

Así, se va forjando un mundo privado donde lo más importante es él. Esta forma de interrupción de la comunicación con el mundo, para centrarse en otra cuyo eje es él, lo separa aún más. Busca la soledad, ya adulto, no tanto por miedo hacia los seres humanos, sino porque teme su intrusión en su propia naturaleza,¹⁵⁸ en ese círculo privado que le ha permitido vivir.

No obstante, con extraordinaria lucidez se descubre en un conflicto no resuelto en cuanto a la adaptación a su medio se refiere. Reconoce la invalidez de su mecanismo compensatorio (el aislamiento), y lo artificial de su mundo personal, que en realidad no le da felicidad.

156 G. Janouch, *op. cit.*, p. 108.

157 F. Kafka, *Carta al padre*, p. 65.

158 Cf. F. Kafka, *Carta a Felice*, t. II, p. 407.



Julie Löwy, en 1910

Es la terrible y angustiosa conciencia de su realidad, lo que lo induce a tratar de salir fuera de sí, a comunicarse.¹⁵⁹ Y es por esto, precisamente, por lo que su situación es peor que la de Kaspar Hauser.

Kaspar Hauser no es consciente de su separatividad, ni siquiera desea el mundo. Kafka, en cambio, sabe que debe luchar por el mundo, que su alejamiento significa el retiro de Canaán; mas no puede dejar su soledad, el camino al desierto. Y es por la tensión entre el deseo del mundo y la imposibilidad de adquirirlo porque "lleva las rejas dentro" de él,¹⁶⁰ por lo cual está solo... como Franz Kafka.¹⁶¹

159 Cabe hacer hincapié en que sólo es un tratar, un tratar con constante retorno a la soledad, por miedo (sobre todo) a la intrusión, como ya se dijo, por incapacidad de contactar con las personas realmente, por temor a la responsabilidad, etcétera.

160 *Cit.* por G. Janouch, *op. cit.*, p. 43

161 El conflicto entre mundo y soledad se sucede como resultado de la incomunicación en la infancia, y el tema será tratado en el capítulo de conclusiones "Entre la soledad y el mundo". Se ha incluido en la relación materna porque es aquí donde tiene su origen, aunque se agiganta por la relación paterna.

El conflicto hubiese sido mucho menor, no obstante el padre, si el niño hubiera recibido información amorosa, verdadero apoyo de la madre. El cariño paterno, como lo señala Fromm, es condicional, se tiene que ganar; pero el amor materno es algo que el niño espera recibir gratuitamente, un amor cuya presencia da una sensación de dicha, y su "ausencia produce un sentimiento de abandono y profunda desesperación". (E. Fromm, *El arte de amar*, p. 81).

Por tal motivo es importante indicar que en la "Relación paterna" siempre subyace la madre, sin importar que ésta aparezca disminuida en virtud de la importancia que Kafka dio al choque con su padre.

El otro día, tuve la idea de que siendo yo un niño, era vencido por mi padre y, sólo por orgullo, no podía abandonar el campo de batalla, y así muchos años, a pesar de ser vencido una y otra vez.³⁰⁸

Todo infante debe respetar el orden que rige la coexistencia, orden en oposición al ensayo de su independencia. En tanto el niño ha aprehendido su autonomía, se enfrasca en una confrontación primordialmente con la figura paterna, quien debe controlar al hijo en aras de la realización del proceso de socialización, el cual lleva implícita la aceptación del principio de realidad.³⁰⁹

La violencia del padre de Kafka lleva al hijo a elevar, emocionalmente, a la “n” potencia la confrontación y,

305 Un estudio de la sexualidad de Kafka bajo la luz de la teoría analítica freudiana en M. Robert, *Franz Kafka o la soledad*, pp. 172-176.

306 *Ibid.*, p. 173.

307 *Ibid.*, p. 174.

308 F. Kafka, *Diarios (1914-1923)*, p. 197.

309 Cf. C. Castilla del Pino, *La culpa*, p. 105.

por lo tanto, a sentir como una fase sumamente agresiva la incorporación al mundo social. Esta incorporación será vista, ya en el análisis del adulto, como una imposición que comporta la destrucción de la propia personalidad.

Pero Kafka ha aceptado suficientemente la ordenación paterna y, por tal razón, resulta ser el vencido.

La ordenación es acogida en virtud de la necesidad que el ser humano tiene de los demás o, en términos negativos, por el temor a quedar abandonado, fuera del grupo familiar.

Por otra parte, en el papel de dirigente poco a poco el progenitor se convierte, para el vástago, en el representante del deber ser en la civilización:

[...] tú eras para mí la medida de todas las cosas.³¹⁰

[...] para mí, siendo niño, toda palabra que me dirigías era poco menos que un dictamen del cielo, no la olvidaba nunca, seguía siendo para mí el medio de juzgar al mundo.³¹¹

Así, pues, el infante asimila la visión del padre y, en la madurez queda —como en todo hombre—, “una impronta de las normas y pautas paternas”.³¹² Por ello, es derrotado “una y otra vez”.

El proceso de socialización, cabe decirlo, se da dentro de la esfera del valor: esto se debe respetar porque es bueno, porque así debe ser. El niño —no sin luchar— introyecta la normatividad y, de acuerdo con lo que se pretendía, le confiere valor.

Es precisamente en la esfera del valor donde es posible entender el sentimiento de continua derrota. El Kafka adulto, por ejemplo, no puede dejar el horrible trabajo —lo que representaría un afirmarse a sí

310 F. Kafka, *Carta al padre*, p. 22.

311 *Ibid.*, p. 26.

312 J. Rof Carballo, *Cerebro interno y sociedad*. 2a. ed. Ateneo, Madrid, 1956, p. 15.

mismo—, porque de hacerlo habría transgredido un valor, violado la normatividad del padre, y la culpa se haría presente.³¹³ Hecho que no hubiese ocurrido de no existir una previa integración a los valores paternos, la mencionada introyección de la ordenación.

Hay, pues, un deseo que en muchas ocasiones es irrealizable, dada la referida transgresión. Así, no puede haber más que un sentimiento de ser el vencido.³¹⁴

Además, “el hombre es radicalmente un ser que está con los otros. Hace para los otros al tiempo que hace para sí”.³¹⁵ En este sentido, no cumplir con ciertas pautas paternas sería romper el hacer debido frente al padre, lo que igualmente origina sentimientos de culpabilidad.³¹⁶

Como niño, en coincidencia contigo, me recriminaba yo mismo el que no frecuentaba bastante el templo, el que no ayunara, etcétera. No creía cometer con ello una injusticia para conmigo, sino para contigo, y la conciencia de culpa, siempre alerta, me atravesaba.³¹⁷

Pero el mundo del padre no es su mundo. La conciencia de sí mismo obliga a “no abandonar el campo de batalla”, a tomar ciertas decisiones que, por el hecho de no ser las del ‘programa’, resultan ser sumamente angustiantes, lo hacen aparecer culpable. Aquí es conveniente recordar la interpretación de Deleuze y Guattari sobre el pasaje de *La condena*, donde el padre habla con la cabeza a tal grado inclinada, que hace que el hijo se arrodille para escucharlo, se someta. Señalan: “no sólo porque él mismo es culpable, sino porque hace que el hijo sea culpable y no deja de juzgarlo”.³¹⁸

313 "El campo de la culpa es el campo del valor". (C. Castilla del Pino, *La culpa*, p. 80).

314 Tal vez, si la visión paterna hubiese sido más flexible, el hijo no se sentiría vencido, ya que no habría contravenido la ordenación.

315 C. Castilla del Pino, *La culpa*, p. 51.

316 El origen de la culpa es social. (Cf. *ibid.*, p. 55).

317 F. Kafka, *Carta al padre*, p. 56.

318 G. Deleuze y F. Guattari, *op. cit.*, p. 19.



Hermann Kafka en 1910

Es en verdad doloroso en la vida de Kafka el que la programación de la infancia interrumpa su tiempo de adulto. Él sabe que debe tender al mundo del padre, pero éste le resulta ajeno. Así, entre el respetar esa otra esfera valorada y la suya propia, Kafka se desgarró, se desespera.



Dibujos de Kafka

*

Como se ha visto, 1922 es un año de importancia cardinal. En los apuntes del diario ya no hay más trampas justificatorias con las que a veces pretendió engañarse. La misma literatura es sólo otro elemento del balance negativo, de ese caminar sin avance³⁵⁵ que ha sido su vida.

350 F. Kafka, *Diarios (1914-1923)*, p. 206.

351 F. Kafka, *Cartas a Felice*, t. II, p. 245.

352 Cf. F. Kafka, *Escritos sobre sus escritos*, p. 175.

353 Cit. por G. Janouch, *op. cit.*, p. 38.

354 F. Kafka, *Escritos sobre sus escritos*, p. 175.

355 Cf. F. Kafka, *Diarios (1914-1923)*, p. 206.

Kafka, pues, llega a la conclusión de que nunca tuvo “ni la más mínima orientación para abrir[se] paso en la vida”³⁵⁶ y, por lo tanto, su existencia fue sólo una marcha inmóvil.

La conclusión ciertamente refleja un fracaso en la realización del yo, y esto tiene su condicionante fundamental, como se ha venido demostrando, en el hecho de que la formación de su personalidad no se dio “bajo un apoyo afectivo en una atmósfera de seguridad”.³⁵⁷

Su vida fue un caminar sin progreso en tanto los desgarramientos de la urdimbre marcan su personalidad; entonces, no tuvo lugar el porvenir. El futuro —Kafka siempre lo supo merced a su incuestionable facultad de análisis—, fue experimentado en los sollozos de la niñez y siempre fue pasado.

356 *Idem.*

357 J. Rof Carballo, *Cerebro interno y sociedad*, p. 39.